

y comerciales, pero reaccionó algún tanto entre moriscos, dando lugar a nuevas escuelas en servicio de los cristianos.

Granada árabe. El orientalismo español *

Señoras y señores:

Para los pueblos, para las civilizaciones modernas, tan modernas, tan positivistas, tan progresivas como ésta, quizá sea difícil poder formarse idea exacta de la calidad de valores que encierra en su designación geográfica la palabra Granada.

Hay otras entidades análogas, más claras de reconocer más positivas, de valores más consolidados: Jerusalén Atenas, Roma. Todo el calor de las sociedades modernas, toda la luz de la civilización, todas las fuerzas orgánicas del poder, de la soberanía están vinculados en estos tres nombres geográficos. Tenemos que ser, forzosamente, los hijos de esas localidades, de esos polos de la vida espiritual, de la vida social nuestra.

Granada representa un factor mucho más sutil, no cotizabile, no valorable dentro de la organización moderna del mundo, pero que ocupa su categoría espiritual, que tiene su significado, que tiene su especial emoción. Diremos que si esos otros centros representan algo como la flor y el fruto, éste se pierde, que no se ve, pero que se siente; algo cuya percepción trae añoranzas. Algo así. ¿Y qué tiene Granada, entre todas las significaciones de lugares geográficos del mundo? Pues tiene misterio, tiene poesía evocativa de algo que se perdió, que no se ha podido conservar en ningún otro paraje; una representación exclusivamente suya, un concepto histórico viviente, como emblema de una edad que pasó, de una sociedad misteriosa, difícil de saborear para nosotros, y por lo mismo, más atractiva, más emocionante, más deseable. Y, además, es una realidad geográfica que en sí también posee algo difícilmente logrado en otros puntos. Es un pequeño mundo donde hay de todo y donde no hay de nada extraordinario, nada aparatoso, nada terrorífico, nada de esas grandezas que abruman. Allí todo es atenuado todo es pequeño. No hay llanuras donde el horizonte se extinga, no hay esos in-

* «Arquitectura», órgano oficial de la Sociedad de Arquitectos, junio de 1922. (Diez conferencias pronunciadas en la Facultad de Arquitectura de Montevideo).

gentes colosos de vuestras cordilleras; no hay duras emociones de color. Pero hay toda la gradación posible, dentro del orden natural; se pulsán todas las cuerdas sensibles que pueden vibrar al unísono con nuestras almas.

Hay montes, hay sierras abruptas, hay llanuras, hay arboledas fertilísimas hay altos, hay bajos, hay cultivos, hay césped, hay yermos. Así resulta una serie de curvas montañosas, en anfiteatro, con ondulaciones de exquisita armonía y perspectivas de color tan variadas unas de otras, que alcanzan desde el blanco de las nieves heladas al dorado y rojo de los aluviones y el gris plomizo de mármoles y pizarras; entre medias se destacan valles que son cauce de torrentes y de ríos, viniendo a deshagorarse en la vega feraz, llana, que esmaltan todos los matices de cultivos, de tierra y de agua, cariñosamente preservada de toda inclemencia por las fieras serranías que la envuelven. Todo perfectamente al alcance de la vista y con arte sobrehumano colocado; todo maravillosamente expuesto, como en un escenario, donde se hubiesen ido eligiendo cuantos factores pueden emocionar plácidamente al hombre.

Y luego, aparte de esto, ¿qué tiene Granada? Tiene historia. Tiene eso que encumbra la realidad, que dignifica la naturaleza; eso que falta donde el hombre no ha vivido, no ha sentido, no ha padecido; la huella dolorosa de una humanidad trabajada por siglos y siglos de grandes empresas. Es una tierra que han vivido millares de migraciones; que ha presenciado extraordinarias vicisitudes; donde radicaron culturas de tipos completamente diferentes de los nuestros, sociedades que nos ilusionan, que no podemos recordar sin cierto embeleso, rodeados como están de poesía. Es el Oriente; es la humanidad remota; es la evocación de los ensueños medievales del Asia traídos al confín occidental; donde razas exóticas pudieron mantener durante siglos sus hogares, y donde la sociedad cristiana tuvo durante siglos también fija la mirada, hasta que logró hacerse dueña de ella. Eso representa Granada; representa el orientalismo en pleno occidente; la penetración del espíritu oriental, en lo que tiene de más seductor, de más bello, dentro del área extrema europea, dentro de España.

¿Y qué vamos a contar de su historia? ¡Es tan larga, es tan complicada, es tan menuda! Allí no hay grandes sucesos, no hay grandes conmociones; pero hay cosas preciosas, cosas valorables dentro de su sentido especial; cosas que merecen la atención del sociólogo, porque presentan modalidades muy típicas, muy trascendentales para nosotros, punto menos que inverosímiles, dadas las normas que regularon otros focos sociales.

En plena barbarie, cuando las guerras parecen destruirlo y azotarlo todo, allí hay barbarie y hay guerra, pero sutilmente, con cierto arte, con cierta gracia, con

cierta poesía. Vemos allí que los más feroces guerreros son poetas; y quizá por ser los mejores poetas fueron caudillos. Vemos allí que, como armas de combate, en vez de lanzar la catapulta, piedras, lanza poesías, y aquellos versos son la última *ratio* que auguraba victoria al partido que más éxito alcanzase en la lucha poética; y al lado de esto, aquel mismo caudillo que arengaba a su tribu con versos brillantes, ese mismo, al tiempo de caer muerto, es recogido por las mujeres del bando contrario, que sólo con un arrebató de canibalismo pudieron sentirse vengadas. Las antitesis más inverosímiles que puedan darse allí en Andalucía prosperan con perfecto acuerdo. Así hubo tirano en el siglo XI, que cultivaba la poesía, cuyo Ministro era un poeta; y luego el rey mismo, por su mano, asesinaba a ese íntimo amigo suyo, ministro y poeta.

En medio de la dominación berberisca que lo sojuzgó Granada en el siglo XI, unos versos brillantes levantan tempestad y promueven el degüello de un ministro judío y de todos sus adeptos. Eso de una conmoción popular suscitada por un poema; de la ferocidad cultivada al par que el arte más exquisito y más sensible; todo eso es cosa perfectamente anómala en el cuadro general de los tiempos de la Edad Media occidental y europea.

Y llega el momento en que España recobra ya su seguridad, merced a las conquistas de San Fernando de Aragón. Entonces se concentra en Granada el pueblo andaluz vencido, los restos de la sociedad arabizada, y logran allí constituirse un baluarte, un refugio último. Como ya no era enemigo temible, se le dejó tranquilamente desarrollar sus actitudes de trabajo, en provecho de Castilla, que le tenía por tributario. Entonces, Granada llega a ser uno de los más espléndidos focos de Occidente; donde el arte y la cultura alcanzaron el más alto refinamiento, donde vibraron sus notas más exquisitas y sensibles. Al fin le alcanzó, para daño suyo, la gran crisis del Renacimiento cristiano, y entonces fenece este estado social tras una guerra de las más poéticas que nos pinta la historia.

Fue toda una nación, grande y poderosa, frente a un pueblo pequeñísimo reducido a los últimos límites de su territorio, y en extremo de penuria, porque todas sus fuerzas se habían consumido. Y aquel pueblo, sin embargo, la tuvo en jaque durante diez años. Ni fue guerra cruenta la principal arma de que se valieron una frente a otro, sino aquéllas suyas de siempre: la caballería, el amor, la transigencia mutua como base política. Es el Rey Católico, por un lado, comprando voluntades a fuerza de halagos, a fuerza de promesas; es la Reina Isabel, conquistando almas con su bondad y su justicia; es, en todos, un amable respeto hacia el enemigo digno; y en medio de ese pugilato de fuerzas, cae tristemente, pero también artísticamente Granada, rindiéndole un último tributo de poesía sus re-

yes al perderle de vista, en busca de una tierra nueva, al otro lado de los mares donde la nostalgia de la patria perdida quedó por homenaje de sus excelencias.

Todo esto representa una serie de valores espirituales, afectivos. Todo está vinculado en aquel suelo, donde cada hecho histórico, cada batalla, tiene su sitio, tiene su recuerdo; se siente, se ve. Y luego, como epitafio, surge la poesía castellana, con relatos de historias novelescas y sobre todo con sus romances moriscos, en los que tomó forma literaria la sensibilidad popular, herida por la impresión que al contacto con el orientalismo granadino recibiera, creando el ciclo más seductor de la literatura castellana en el Renacimiento, contrapuesto a los desmayos pastorales aprendidos de Italia.

La literatura castellana cuando en Castilla se inspira tiene dejos de amargura, de pesimismo: así en la novela y la poesía picaresca, que dejan siempre un sabor ingrato. No así en sus temas moriscos, donde la nota agradable, dulce, predomina; y aquel moro vencido, destruido ya, es la representación más virilmente ideal, más noble, más pura que ha podido soñar la caballería de la Edad Media. Pues todas estas fantasías quedaron vinculadas allí. Todos esos romances tienen allí, también, su sitio. Parece que todavía se ha de tropezar con aquellos desgraciados abencerrajes, aquellas moras tan espirituales y aquellos moros tan rendidos con la belleza. Es, por consiguiente, Granada, un conjunto de valores de naturaleza, de historia, de civilización, de arte extraordinario.

Yo me considero completamente impotente para poder presentaros aquí ni un esbozo, a trazos negros y fríos, que pueda dar idea de lo que allí se puede ver. No puedo más que invitaros a que gocéis de ello el día que la suerte os pueda llevar a aquéllos lugares. No me queda más que haceros un poco de descripción de lo que aquello era, para completar el cuadro de lo que se ha ido perdiendo. Evocar algo de la organización social de aquel pueblo, que es representación de la vida de Oriente en nuestro país. Una ciudad de tipo oriental, de tipo antiguo, viviente en medio de Andalucía: eso es lo que ofrece Granada, con más fidelidad que ninguna otra ciudad de aquellas tierras, porque ella tuvo tres siglos de vida europea menos que el resto de Andalucía y que España, por consiguiente.

Allí, hace pocos años, ha podido saborearse casi intacto el aspecto de la población, tal como estaba en los precedentes siglos. Después, el deseo ruin y trivial de modernizar indiscretamente las cosas, de querer convertir una ciudad vieja y castiza en metrópoli vulgarísima, han hecho que se pierda mucho de aquel carácter, y que pese como una maldición sobre sí misma la civilización moderna, que ha destrozado sus calles y sus edificios. Pero hay que contentarse con lo que queda.

¿Cómo estaba organizada Granada? de un modo completamente distinto de

las ciudades modernas. Estas son más que aldeas extendidas, calles anchas, campos hechos plazas, todo libre, amplio, sin límites; se alargan las calles, se invaden los campos, no acaban nunca. Allí, todo lo contrario; allí la ciudad es una entidad fija, inerte, cuya extensión no se puede traspasar, y en la que se va aglomerando el caserío, sin romper sus barreras. es un área fortificada, amurallada, dentro de la cual ha de subsistir forzosamente, para siempre, toda la vida de la ciudad.

En estas condiciones, la población tiene que condensarse, apretarse cada vez más, porque no puede romper su cerco. Lo que se hace es crear arrabales a su alrededor, que son otros focos análogos, donde con el tiempo, se va ciñendo y apretando todo igualmente.

Así se provoca una organización urbana que no es de comunicaciones amplias y rectas. Su tipo es el antiguo y primordial de calles sinuosas; porque la vereda, es decir el sendero que traza el hombre, el animal en el campo, resulta sinuoso, nunca recto; es ley natural y humana. Y así son las calles, sinuosas, también, no rectas. La línea recta horizontal es un concepto relativamente moderno, dentro de la organización de las ciudades, dentro de la organización de conceptos humanos. Allí, bordeando aquellos senderos tortuosos, iban levantándose casas; y esas casas tuvieron que ser progresivamente más y más pequeñas, más y más apretadas, porque cada vez había de meterse allí más gente.

Los arrabales conservaban un poco de amplitud; pero en el casco de la ciudad las calles iban siendo cada vez más reducidas; llegó un momento en que ya el suelo se acababa, y como había que ganarlo de algún modo, volaban los altos de las casas sobre la calle y se atravesaban en ésta de un lado al otro cobertizos, trocando así en espacio cubierto la calle misma. Así resulta ese aspecto misterioso que todavía conservan las ciudades berberiscas, hijas de las andaluzas, en que no hay distinción clara entre casa y calle cubierta ésta en la mayor parte de su amplitud; y comunicándose por arcos y aun puertas, que da lugar a una indecisión grande sobre si se está o no en terreno privado. La calle no deja ver generalmente su salida clara, sino entre revueltas de perspectivas siempre indecisa, y muchas veces no hay salida: está la muralla de la ciudad u otro accidente cualquiera, impidiendo que siga la calle. A través de ese laberinto, las casas abren sus puertas en la penumbra de cada rinconada, donde estén a cubierto de todo figoneo exterior, procurando celarse mutuamente entre esquinazos y ondulaciones. Y por allí vagan hombres y mujeres como sombras, sin mover ruido apenas, sin poner nunca atención, como si de nada se extrañasen, como si nada viesan; envueltos en sus ropas blancas, que encubren sederías y bordados; como acobardadas e indecisas las mujeres, con su continente altivo tranquilo y acompasado los hombres.

Allí nadie se altera por nada; allí nadie tiene prisa. Para nosotros, es la impresión de una ciudad de sombras, de almas del otro mundo, que no sienten, que no sufren, que no gozan de nada, que no se aperciben de nada y que a nada aspiran. Aun los niños, vestidos de hombres y mujeres, no juegan ni se ríen ni alborotan, pero tienen una dulzura de mirada infinita. ¡Cuán enorme diferencia del vivir desbordado nuestro; de nuestras alegrías, tan efusivas cuanto falaces! Se rompe esta monotonía con las mezquitas, mezquitas innumerables: a cada paso se encuentra una, generalmente pequeñas, con su torrecita, sus puertas adornadas, su patio, sus galerías. Y luego, otros edificios de carácter público análogos a las mezquitas, como es la Universidad o Madraza, en que vivían colegiados los alumnos, con rico patio y aula en forma de oratorio. También los hospitales, no como los nuestros, infectos, sin ventilación, ni alegría, donde padecían de todo los pobres enfermos, sino edificios suntuosos, hechos con gran dispendio por reyes que se gloriaban en tales fundaciones, y dentro de ellos, grandes patios, con su alberca, fuentes y galerías, donde se podía recrear el espíritu, y así todo. Luego, los mercados, que llamaban Alhóndigas, especiales para cada orden de producciones, para cada género de comercio, constituidas por grandes patios, rodeados de cámaras, de habitaciones, donde se depositaban los géneros, posaban las bestias de carga, y vivían los traficantes, y donde al mismo tiempo el fisco regulaba los precios. Todos esos organismos corroboran la impresión de ciudad de tipo oriental con sus refinamientos seculares, frente al desconcierto en los servicios públicos de la ciudad medieval cristiana.

Y aún hay más; la tutela alcanza en grado especial a proteger el comercio en sus más preciosas mercaderías, que era necesario librar de todo peligro, y para ello se crearon las Alcaicerías, donde todas aquellas riquezas eran guardadas como en un santuario. Todo está organizado, todo está previsto. El espíritu público, la caridad, la piedad, atienden no sólo a instituir mezquitas colegios y hospitales, sino también a su conservación como a la de aljibes y carreteras, del árbol, del sepulcro, y subvenir a las atenciones del clero, de maestros y de indigentes. Todo tenía su renta y mediante ella podía subsistir; y eso sin que el Estado preocupara su atención, desarrollándose todo en un ambiente de humanidad, de familiaridad, de paz. Así estaba constituida la ciudad, en lo que tocaba a sus servicios públicos.

Y luego, ¿cómo se vivía?, ¿cómo eran las casas? La casa granadina conservó a través de los siglos sus características, en armonía con el clima y las costumbres. Nada tiene de parecido con la casa árabe de El Cairo, Bagdad o La Meca; su prototipo es mediterráneo, clásico. Es la casa griega, la casa romana y nada más,

dando testimonio de la familia andaluza no varió el concepto primordial de la vida. ¿Y cuál es este concepto?: La integridad de funciones domésticas dentro de sus muros; la vida plena, sin necesidad de acudir para nada al exterior; un mundo dentro de cuatro paredes, que no tiene más acceso que una puerta, ni más vistas que al cielo; vida de recogimiento, sin fisgoneo de vecinos, sin necesidad de relaciones entre unas familias y otras; en aislamiento perfecto. Una sociedad organizada individualmente, con toda la fuerza señorial del jefe de la familia: esa es la característica nuestra meridional, frente al instinto de sociabilidad, de convivencia de las gentes del norte.

El individualismo andaluz recibe mucha de su fuerza en esta organización de las casas. Ellas constituyen un recinto, cerrado, donde no hay, desde afuera, registro alguno, donde se vive integralmente; allí hay agua, hay vegetación, hay animales domésticos, se toma el sol y se está al aire libre, preservado de la inclemencia. Todo eso da lugar a que la familia no necesite salir de su casa; que el hombre no necesite buscar otros atractivos, que la mujer encuentre allí su círculo, su vida, su ideal de familia. Ahora bien, no será el ideal de sociedad tal como nosotros la consideramos, no habrá expansión, no habrá solidaridad de unas colectividades con otras, de familia a familia. Puede no haber más relaciones que de odio, porque la vecindad sin amor establece inevitablemente relaciones negativas; pero se vive a gusto dentro de aquellas cuatro paredes, y aquella casa, como tipo de vivienda, es la perfección en su género.

Ahora bien, son casas hechas para el clima meridional, no para tierras brumosas y frías, porque allí, cuando hace frío, hay que resignarse con él y no se pone cuidado en precaverlo. El frío se padece como cosa natural, como accidente de la vida fatal y necesario. Lo insoportable es el calor, y éste sí se evita cuidadosamente.

¿Cómo se organiza la casa, dentro de este ideal? La casa no tiene más hueco exterior que la puerta, y algún ventanillo con celosía para poder vigilarla. Del interior por fuera no se ve nada: la puerta se disimula tras de cualquier rinconada, y su portón, cerrado de ordinario, no franquea sino un postigo y ese tan pequeño que, a veces, no llega a un metro su altura; en esas condiciones, el que pasa por la calle, para mirar adentro, y aun para entrar, tienen que inclinarse mucho. El zaguán, oscuro, franquea mediante otra puerta lateral, el paso a un callejón acodado, que por fin desemboca en el patio, centro de la casa y eje del pequeño mundo doméstico, reproducción compendiada del orden natural de que la vida es tributaria. Ese patio tiene su alberca llena de agua, sus fuentes a los extremos, por donde el agua salta derramándose en aquélla. Alrededor, macetas con flores, ar-

bustos y frutales, y allí también pájaros y animales domésticos, que todo es preciso para recrear la vista. Allí, entre cantos y murmullos, se lava y se tiende; se vive plácidamente al sol, cuando la temperatura es grata, o a la sombra de las galerías que forman arcadas sobre columnas, más o menos pródigas de arte, con alhacenas a los extremos, y, en el frente, la sala. Galería y sala baja en cada testero del patio, para verano; corredor y otra sala encima, para invierno. Así se simplifica la vida, obteniendo facilidades para disfrutar de ella, según las condiciones de clima, que no es menester más para ello. No hay comedor, no hay cocina ni lugares de recepción; apenas unos atajos, a los extremos de cada sala, sirven de alcobas. Todo es acomodaticio, todo se habilita según las necesidades del momento: la sala, hacia su entrada, es campo de acción preferente de la vida familiar; arriba en invierno y abajo en verano; a norte, cuando hay que huir del sol, a sur, cuando hay que recibirlo.

Aquella puerta de sala provee de huecos en sus jambas para poner el jarro de agua, y que se mantenga fresca. En el suelo, sobre tapetes y cojines posaba la familia; allí mismo, sobre mesas pequeñas, servíase la comida; y servía de cama una simple tarima de madera, encima de su colchoneta y cobertores y nada más.

En el fondo de la sala, cuando había jardín o la situación dominante de la casa lo permitía, abríase un mirador con celosías, para evitar el registro, como en nuestros conventos de monjas. Por último, toda casa, por miserable que fuese, tenía su departamento apropiado para aseo personal, con agua corriente, al fondo de un pasadizo formando revueltas a fin de celarlo a la vista; los palacios además tenían baño doméstico, y para la demás gente había establecimientos públicos en gran número, remedo de los *balnea* romanos.

Los vecinos pudientes poseían huertos en las afueras de la ciudad, dominando la vega, muy pequeños, con su casita, frutales, viñas y fuentes, donde pasaban la temporada de otoño, solazándose en retiro campestre.

Donde puede sentirse aún el esplendor de la vida oriental granadina es en la Alhambra. El poderío militar se nos revela con sus grandiosas defensas, sus puertas magníficas y hasta las casas de los soldados, que mantienen el cuadro de comodidades domésticas usual en su más exiguo desarrollo. Pero, sobre todo, allí, un paraíso. Inútil sería por descripciones formar idea de aquello; en cambio, la fotografía, aunque pálido reflejo del natural, sí podrá ayudarnos y habremos de remitir a su virtualidad el enseñar algo de aquellas bellezas.